

RABOURDIN, *con calma*

Ya lo sabía. (*Levanta á Sebastián y se lo lleva.*) Es usted un niño, amigo mío. (*Se dirige á Phellion.*) ¿Dónde están esos señores?

PELLION

Señor, han ido á ver al despacho del señor Baudoyer un estado que dicen...

RABOURDIN

¡Basta! (*Sale, sosteniendo á Sebastián. Poiret y Phellion se miran llenos de sorpresa y no saben qué decirse.*)

POIRET, á Phellion

¿El señor Rabourdin?...

PELLION, á Poiret

¿El señor Rabourdin?...

POIRET

¡Vaya con el señor Rabourdin!

PELLION

Y sin embargo, ¿ha visto usted qué tranquilidad y qué dignidad ostentaba?

POIRET, *con cierto aire picaresco que simulaba una mueca*

Si hubiera ahí gato encerrado, no me asombraría nada.

PELLION

¡Un hombre honrado, puro, sin tacha! Señor Poiret, usted ya piensa lo que yo acerca de Dutocq; ¿no me comprende usted?

POIRET, *moviendo la cabeza dos ó tres veces responde con aire astuto-*

Sí. (*Todos los empleados vuelven.*)

FLEURY

Esta sí que es buena. Aun después de haber leído, me resisto á creerlo. ¡El señor Rabourdin, el rey de los hom-

bres! La verdad es que si hay espías entre hombres así, hay para renegar de la virtud. ¡Yo que colocaba á Rabourdin entre los héroes de Plutarco!

VIMEUX

¡Oh! es verdad.

POIRET, *pensando que no le quedan más que cinco días*

Pero, señores, ¿qué dicen ustedes del que ha robado el trabajo, espiando al señor Rabourdin? (*Dutocq se va.*)

FLEURY

¿Que es un Judas Iscariote! ¿Quién es?

PELLION, *maliciosamente*

Seguramente que no está entre nosotros.

VIMEUX, *comprendiendo la indirecta*

Es Dutocq.

PELLION

Yo no he visto la prueba aún, señor mío. Mientras que ustedes estaban ausentes, ese pobre señor de La Roche ha estado á punto de morir. Miren, aun pueden ver sus lágrimas en la mesa.

POIRET

Lo hemos tenido desmayado en nuestros brazos. ¿Y la llave de mi domicilio? ¡Toma, toma! ¡Si la lleva aún encima! (*Poiret sale.*)

VIMEUX

El ministro no ha querido trabajar con Rabourdin hoy, y el señor Saillard, á quien el jefe del personal le ha dicho dos palabras, ha venido á decirle al señor Baudoyer que solicitase la cruz de la Legión de honor, pues estando acordado que se conceda una á la división para el día de año nuevo, va á ser Baudoyer el agraciado. ¿No es esto claro? El señor Rabourdin es sacrificado por los mismos que lo emplean. He aquí lo que dice Bixiou. Todos nosotros seremos suprimidos, excepto Phellion y Sebastián.

BRUEL, *llegando*

Bueno, señores, ¿es verdad eso?

THUILLER

Y tan verdad.

BRUEL, *volviendo á ponerse el sombrero*

Adiós, señores. *(Sale.)*

THUILLER

No se para en barras el zarzuelista. Va á casa del duque de Rethoré y del duque de Monfrigneuse; pero ya puede correr, pues, según se dice, Colleville será nuestro jefe.

PHELLION

Y sin embargo, parecía que le tenía cariño al señor Rabourdin.

POIRET, *entrando*

Me ha costado un trabajo atroz recuperar la llave de mi domicilio; ese muchacho se derrite en llanto y el señor Rabourdin ha desaparecido por completo. *(Dutocq y Bixiou entran.)*

BIXIOU

Vaya, señores, veo que pasan cosas muy extrañas en su oficina. ¿Y Bruel? *(Mira al despacho.)* ¿Se ha marchado?

THUILLER

A escape.

BIXIOU

¿Y Rabourdin?

FLEURY

¡Hundido, fastidiado, reventado! ¡Decir que un hombre así, que el rey de los hombres!...

POIRET, *á Dutocq*

Señor Dutocq, Sebastián, en medio de su dolor, le acusa de haberle robado el trabajo hace diez días.

BIXIOU, *mirando á Dutocq*

Querido mío, es preciso que usted se lave de ese reproche. *(Todos los empleados miran á Dutocq.)*

DUTOCC

¿Dónde está ese pequeño áspid que lo copiaba?

BIXIOU

¿Cómo sabe usted que lo copiaba? Querido mío, sólo el diamante puede pulir el diamante. *(Dutocq sale.)*

POIRET

Escuche usted, señor Bixiou. Ya no me quedan más que cinco días y medio de servicios, y una vez, una sola vez al menos, quisiera tener el placer de comprenderle. Hágame usted el honor de explicarme para qué es útil el diamante en esta circunstancia.

BIXIOU

Papá, puesto que yo me avengo á descender una vez hasta usted, eso quiere decir que del mismo modo que el diamante es lo único que puede gastar el diamante, así también un curioso puede vencer á su semejante.

FLEURY

Emplea curioso en lugar de espía.

POIRET

Pues todavía no comprendo.

BIXIOU

Bueno, pues ya comprenderá usted otra vez.

El señor Rabourdin había corrido á casa del ministro. El ministro estaba en la cámara. Rabourdin se trasladó á la cámara y le puso dos letras al ministro; pero el ministro estaba en la tribuna empeñado en acalorada discusión. Rabourdin le esperó, no en el salón de conferencias, sino en el patio, y se decidió, á pesar del frío, á apostarse ante el coche del consejero, á fin de hablarle cuando saliese. El ujier le había dicho que el ministro estaba empeñado en una discusión pro-

movida por los diez y siete de la extrema izquierda y que se estaba celebrando una sesión borrascosísima. Rabourdin se paseaba á lo largo del patio del palacio, presa de una agitación febril y esperó cinco horas mortales. A las seis y media empezó el desfile, pero el lacayo del ministro se acercó al cochero y le dijo:

—¡Eh! ¡Juan! monseñor se ha ido con el ministro de la Guerra á palacio y comerán juntos. Tenemos que ir á buscarle á las diez, porque habrá consejo.

Rabourdin se encaminó con lentitud á su casa, sumido en un abatimiento fácil de concebir. Eran las siete y apenas tuvo tiempo para vestirse.

—Bueno, estás nombrado—le dijo alegremente su mujer cuando se presentó en el salón.

—Mucho temo que no volveré á poner los pies en el ministerio—respondió Rabourdin levantando la cabeza en actitud preñada de melancolía.

—¡Qué!—exclamó su mujer movida por horrible ansiedad. —Mi memoria sobre los empleados corre por las oficinas, y me ha sido imposible ver al ministro.

Celestina tuvo una rápida visión, en la que por uno de esos rayos infernales el demonio le hizo ver el verdadero sentido de su última conversación con Lupeaulx.

—Si yo me hubiese conducido como mujer vulgar, habríamos tenido la plaza—pensó, contemplando á Rabourdin con una especie de dolor.

Después se operó un triste silencio y la comida pasó en medio de mutuas meditaciones.

—Hoy es nuestro miércoles—dijo ella rompiendo el silencio.

—Mi querida Celestina, no está todo perdido—dijo Rabourdin besando en la frente á su mujer;—tal vez podré hablar mañana por la mañana con el ministro, y se explicará todo. Sebastián perdió ayer la noche trabajando, todas las copias están acabadas y yo rogaré al ministro que lea mi plan, poniéndoselo sobre la mesa. La Brière me ayudará. No se condena á un hombre sin oírle.

—Tengo curiosidad por saber si el señor Lupeaulx vendrá á vernos hoy.

—¡Él!... seguramente que no faltará—dijo Rabourdin.—Tiene algo de lo del tigre: le gusta lamer la sangre de la herida que ha hecho.

—Pobre amigo mío—repuso su mujer tomándole la mano;—no sé cómo el hombre que ha concebido tan hermosa reforma, no ha visto que no debía comunicársela á nadie. Es una de esas ideas que un hombre guarda en su conciencia, porque sólo él puede aplicarla. Era preciso hacer en tu esfera como Napoleón en la suya: él se sometió, se retorció, se arrastró por el suelo. Si, Bonaparte se arrastró por el suelo, puesto que para llegar á ser general se casó con la querida de Barras. Era preciso esperar, llegar á diputado, seguir los acontecimientos políticos tan pronto desde el fondo del mar como á caballo de la hoja de un cuchillo, y, al igual que el señor Villele, tomar la divisa italiana: *Col tempo*, cuya traducción es: *Con paciencia todo se logra*. Este orador hizo la rosca al poder por espacio de siete años, y empezó en 1814 con una protesta contra la constitución á la edad que tú tienes ahora. ¡Este es el error! tú te subordinaste, habiendo nacido para ordenar.

La llegada del pintor Schinner impuso silencio á la mujer y al marido, el cual se puso pensativo con tales palabras.

—Querido amigo—dijo el pintor, estrechando la mano del empleado,—el apoyo de un artista vale poco, pero en estas circunstancias nosotros somos fieles. Acabo de comprar el periódico de la noche y en él veo que nombran á Baudoyer y le condecoran con la cruz de la Legión de honor.

—Yo soy el más antiguo y llevo veinticuatro años de servicios—le dijo Rabourdin sonriéndose.

—Conozco bastante al señor conde de Serizy, ministro de Estado, y si quiere usted utilizar esta influencia, puedo ir á verle—dijo Schinner.

El salón se llenó de gente que desconocía los movimientos del personal administrativo. Bruel no fué. La señora Rabourdin ostentó más gracia y alegría que nunca, como el caballo que herido en el campo de batalla saca aún fuerzas para llevar á su amo.

—¡Qué valerosa es!—dijeron algunas mujeres, que estuvieron amabilísimas con ella al verla en desgracia.

—Y sin embargo, Celestina ha tenido muchas atenciones para Lupeaulx—dijo la baronesa del Chatelet á la vizcondesa de Fontaine.

—¿Cree usted que...?—preguntó la vizcondesa.

—En ese caso el señor Rabourdin hubiera obtenido al menos la cruz—dijo la señora de Camps defendiendo á su amiga.

A eso de las once, Lupeaulx se presentó y sólo puede describirse diciendo que sus lentes estaban tristes y sus ojos alegres; bien es verdad que los vidrios ocultaban tan bien las miradas, que era preciso ser buen fisonomista para descubrir su expresión diabólica. Fué á estrechar la mano á Roubourdin, el cual no tuvo valor para negársela, y luego, yendo á sentarse al lado de Celestina, que le recibió sumamente afable, le dijo:

—Tenemos que hablar. ¡Oh!—añadió dirigiéndole una mirada de soslayo,—es usted grande y la encuentro como me imaginaba, sublime en la derrota. ¿Sabe usted que es muy raro el que una persona superior responda á la idea que uno se ha formado de ella? ¿No agobia á usted la derrota? Tiene usted razón, nosotros triunfaremos—le dijo al oído.—Su suerte está entre sus manos, mientras tenga usted por aliado á un hombre que la adora. Celebraremos consejo.

—Pero ¿está nombrado Baudoyer?—le preguntó Celestina.

—Sí—contestó el secretario general.

—¿Y le dan la condecoración?

—Todavía no, pero se la darán.

—¿Cómo es eso?

—Usted no conoce la política.

Mientras que esta velada parecía eterna á la señora Roubourdin, se desarrollaba en la plaza Real una de esas comedias que se celebran en siete salones en París, cada vez que se cambia el ministerio. El salón de los Saillard estaba lleno. Los señores Transon llegaron á las ocho de la noche. La señora Transon abrazó á la señora Saillard de Baudoyer. El señor Bataille, capitán de la guardia nacional, acudió también con su esposa y con el cura de san Pablo.

—Señor Baudoyer—dijo la señora Transon,—quiero ser la primera en felicitarle; se ha hecho usted justicia á su talento. Vamos, bien ha ganado usted el ascenso.

—Heos ya director—dijo el señor Transon frotándose las manos,—lo cual es muy halagüeño para el barrio.

—Y bien se puede decir que está exento de intrigas el nombramiento. Nosotros no somos intrigantes ni vamos á las veladas íntimas del ministro.

El tío Mitral se rascó la nariz sonriendo y miró á su sobrina Isabel, que hablaba con Gigonnet. Falleix no sabía

qué pensar de la ceguera del padre Saillard y de Baudoyer. A poco fueron llegando los señores Dutocq, Bixiou, Bruel, Godard y Colleville, que había sido nombrado jefe.

—¡Qué tipos!—dijo Bixiou á Bruel.—¡Qué hermosa caricatura si se les dibujase en forma de rayas, de dorados y de otros peces bailando una zarabanda.

—Señor director—dijo Colleville,—vengo á felicitarle, ó mejor dicho, nos felicitamos todos de tenerle al frente de la dirección y venimos á hacerle presente que cooperaremos con celo á los trabajos.

Los señores Baudoyer, padres del nuevo director, estaban también presentes gozando de la gloria de su hijo y de su nuera. El tío Vidault, que había comido en la casa, tenía una mirada chispeante que asustó á Bixiou.

—He ahí uno que podría servir de personaje para una comedia—dijo el artista á Bruel señalándole á Gigonnet.—¿Qué venderá ese? Un chino semejante debería servir de muestra en alguna tienda. ¡Y qué levita! Yo creía que sólo Poiret era capaz de enseñar una igual después de diez años de exposición pública á las intemperies de París.

—Baudoyer está magnífico—dijo Bruel.

—Despampanante—respondió Bixiou.

—Señores—les dijo Baudoyer,—les presento á ustedes á mi tío, el señor Mitral, y á mi tío segundo por parte de mi mujer, señor Bidault.

Gigonnet y Mitral dirigieron á los tres empleados una de esas profundas miradas del color del oro y que causaron su impresión en los dos burlones.

—¿Eh?—dijo Bixiou dirigiéndose á los arcos de la Plaza Real.—¿Ha examinado usted bien á los dos tíos? Dos ejemplares de Shylock. Apuesto á que van al mercado á colocar su dinero al ciento por ciento á la semana. Prestan sobre prendas, venden ropas, galones, quesos, mujeres y niños; son árabes-judíos-genoveses-lombardos-griegos y parisenses, alimentados por una loba y engendrados por una turca.

—Ya lo creo, el tío Mitral ha sido alguacil—dijo Godard.

—¿Ve usted?—dijo Bruel.

—Voy á ir á ver tirar la piedra—repuso Bixiou;—pero me gustaría estudiar el salón del señor Roubourdin. ¡Qué feliz es usted pudiendo ir, amigo Bruel!

—¿Yo?—dijo el vaudevillista.—¿Qué quiere usted que

yo haga allí? Mi persona no se presta para los pésames. Además, es muy vulgar ir hoy á formar cola á casa de las gentes destituidas.

A las doce de la noche, el salón de la señora Rabourdin estaba desierto y no quedaban más que dos ó tres personas, Lupeaulx y los dueños de la casa. Cuando Schinner y los señores de Camps se hubieron marchado, Lupeaulx se levantó con aire misterioso, se colocó de espaldas al reloj y miró sucesivamente á la mujer y al marido.

—Amigos míos—les dijo,—nada se ha perdido, pues aun les quedamos el ministro y yo. Entre dos poderes, Dutocq ha preferido el que le parecía más fuerte, y ha servido á la gran capellanía y á la corte haciéndome traición, lo cual está en orden; un político no debe quejarse nunca de una traición. Únicamente que Baudoyer será destituido dentro de algunos meses y repuesto tal vez de nuevo en la prefectura de policía, pues la gran capellanía no le abandonará.

Acto continuo se extendió en consideraciones acerca de la gran capellanía y del peligro que corría el gobierno apoyándose en la Iglesia y los jesuitas, etc., etc. No creemos necesario advertir que la corte y la gran capellanía, á la que los periódicos atribuían una influencia enorme, no se habían ocupado gran cosa de Baudoyer. Aquellas intriguillas quedaban ahogadas en las esferas elevadas ante los grandes intereses que en ella se agitaban. Si algunas palabras fueron arrancadas por la importunidad del cura de san Pablo y del señor Gaudron, las instancias habían cesado á la primera insinuación del ministro. Las pasiones por sí solas bastaban para convertirse en la policía de la congregación denunciándose las unas á las otras. El poder oculto de aquella asociación bien permitida en presencia de la descarada sociedad de la doctrina titulada: *Ayúdate y el cielo te ayudará*, sólo pasaba á ser formidable gracias á la acción de que la dotaban gratuitamente los empleados amenazándose á porfía. En fin, las calumnias liberales se complacían en representar á la gran capellanía como un gigante político, administrativo, civil y militar. El miedo siempre se creará ídolos. En este momento Baudoyer creía en la capellanía, cuando la sola capellanía que le había protegido tenía su asiento en el café Themis. En ciertas épocas, hay nombres, instituciones y poderes á quienes se atribuyen

todas las desgracias, á quienes se niega el talento y que sirven de razón coeficiente para los necios. Del mismo modo que el señor Talleyrand estuvo reputado de saludar á todos los acontecimientos con una frase feliz, así en este momento de la Restauración la gran capellanía lo hacía y deshacía todo. Desgraciadamente, no hacía ni deshacía nada. Su influencia no estaba entre las manos de un cardenal Richelieu, ni de un cardenal Mazarino, sino entre las manos de una especie de cardenal Fleury, el cual, tímido durante cinco años, sólo se atrevió un solo día y se atrevió mal. Más tarde la Doctrina hizo impunemente en Saint-Merry más de lo que pretendió hacer Carlos X en julio de 1830. Sin el artículo acerca de la censura, tan estúpida-mente incluido en la nueva constitución, también el periodismo hubiera tenido su Saint-Merry. La rama menor hubiera ejecutado legalmente el plan de Carlos X.

—Siga usted de jefe de negociado con Baudoyer, tenga usted ese valor—repuso Lupeaulx,—sea usted un verdadero político; deje usted á un lado los pensamientos y los impulsos generosos, límitese á desempeñar sus funciones, no le diga palabra á su director, no le dé ni un consejo y no haga nada sin su orden. Dentro de tres meses Baudoyer dejará el ministerio por ser destituido ó trasladado á algún otro centro administrativo. Tal vez irá á la casa real. Ya me han ocurrido dos veces casos análogos en la vida y he dejado pasar la avalancha.

—Sí—dijo Rabourdin,—pero usted no se vió calumniado, atacado en su honra, comprometido...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!—dijo Lupeaulx interrumpiendo al jefe de negociado con una risa homérica;—ese es el pan cotidiano de todo hombre notable en el hermoso país de Francia, y hay dos maneras de tomar las cosas: ó someterse, en cuyo caso vale más dejarlo todo é irse á plantar coles, ó sobreponerse á todo y seguir adelante sin temor y sin volver siquiera la cabeza.

—A mí no me queda más que una sola manera para desatar el nudo corredizo que el espionaje y la traición me han echado al cuello, y ese medio consiste en ver al ministro. Si usted nos es tan sinceramente adicto como dice, puede procurarme mañana una entrevista con él.

—¿Quiere usted exponerle su plan de administración? Rabourdin inclinó la cabeza.

—Pues bien, confíeme usted sus planes, sus memorias y yo le juro que perderá la noche examinándolos.

—¡Dios me libre!—dijo vivamente Roubourdin.—Después de seis meses de trabajo, lo menos á que puedo aspirar es á las dos ó tres horas de satisfacción durante las cuales un ministro del rey se verá obligado á aplaudir tanta perseverancia.

Metido por la tenacidad de Roubourdin en un callejón sin salida, Lupeaulx titubeó durante algún momento y miró á la señora Roubourdin preguntándose:—¿Quién triunfará, mi odio por él ó mi gusto por ella?

—Si no tiene usted confianza en mí—le dijo á Roubourdin después de una pausa,—veo que será usted siempre para mí el hombre de su nota secreta. Adiós, señora.

La señora Roubourdin le saludó friamente. Celestina y Javier estaban tan abatidos por la desgracia, que se retiraron cada uno por su lado sin decirse nada. La mujer pensaba en la horrible situación en que se hallaba con respecto á su marido. El jefe de negociado, que se resolvía á no volver á poner más los pies en el ministerio y á presentar su dimisión, se perdía en la inmensidad de sus reflexiones: se trataba para él de cambiar de vida y de tomar una nueva senda. Durante toda la noche permaneció levantado junto al fuego sin ver á Celestina, que se le acercó varias veces de puntillas en paños menores.

—Puesto que debo ir por última vez al ministerio para recoger mis papeles y poner á Baudoyer al corriente de los asuntos, veamos el efecto que producirá mi dimisión—se dijo.

Y redactándola, meditó mucho las expresiones de la carta que la acompañaba, la cual estaba concebida en estos términos:

«Monseñor: Tengo el honor de dirigir adjunta mi dimisión á V. E., si bien esperando que recordará haberme oído decirle que había puesto mi honor entre sus manos y que éste dependía de una explicación inmediata. Esta explicación la he implorado en vano y tal vez hoy sería inútil, toda vez que corre por las oficinas un fragmento de mis trabajos acerca de la administración, sorprendido y desfigurado y mal interpretado por el odio, forzándome á retirarme ante la tácita reprobación del poder. La mañana en que quise hablar

á V. E. tal vez haya creído que deseaba tratar de mi ascenso, cuando sólo pensaba en la gloria de su ministerio y en el bien público. Hago esta advertencia porque me importa rectificar las ideas de V. E. respecto á este punto.»

Terminaba con las fórmulas generalmente empleadas.

Eran las siete y media cuando aquel hombre había consumado el sacrificio de sus ideas quemando todo su trabajo. Fatigado por sus meditaciones y vencido por los sufrimientos morales, se quedó dormido con la cabeza apoyada en su sofá y fué sacado de su sueño por una sensación extraña, pues sintió sus manos cubiertas de lágrimas de su mujer, que estaba arrodillada ante él. Celestina había leído la dimisión y se había dado cuenta de la extensión de la caída. Ella y Roubourdin iban á quedar reducidos á cuatro mil francos de renta. Celestina había calculado sus deudas, que ascendían á treinta y dos mil francos. Resultaba, pues, su situación la más triste de todas las miserias. Y aquel hombre tan noble y tan confiado ignoraba el abuso que ella había cometido con la fortuna confiada á sus cuidados. Por eso sollozaba á sus pies, hermosa como la Magdalena.

—La desgracia es completa—dijo Javier en medio de su espanto.—Estoy deshonrado en el ministerio, y deshonrado...

La llama del honor, del honor puro, brotó de los ojos de Celestina, la cual se irguió como un caballo espantado, dirigió á Roubourdin una severa mirada y le dijo en dos tonos severos, sublimes:

—¡Yo! ¡yo! ¿Soy acaso una mujer vulgar? ¿No habrías sido nombrado, si yo hubiese caído? Pero sí, ¡es más fácil creer eso que la verdad!

—¿Qué hay, pues?—dijo Roubourdin.

—Todo en dos palabras—respondió ella.—Debemos treinta mil francos.

Roubourdin abrazó á su mujer con locura, y, sentándola en sus rodillas, le dijo con una voz que denotaba una adorable bondad y que hizo cambiar la amargura de sus lágrimas en no sé qué de dulce y de suave:

—Consuélate, querida mía, yo también he cometido faltas: yo he trabajado inútilmente por mi país, ó al menos he creído que podría serle útil... Ahora voy á seguir otro sendero. Si yo hubiese vendido comestibles, seríamos millonarios. Pues bien, hagámonos tenderos. Tú no tienes más que veintiocho

años, ángel mío, y dentro de diez la industria te habrá devuelto el lujo á que aspiras, lujo al que renunciaremos por algún tiempo. Hija mía; yo tampoco soy un marido vulgar. ¡Venderemos nuestra quinta, que ha mejorado de siete años acá! Con esta ganancia y nuestro mobiliario pagaré mis deudas...

Esta generosa frase dió lugar á que la mujer diese al marido mil besos en un solo beso.

—Nos quedarán cien mil francos para emplearlos en un comercio cualquiera. Antes de un mes ya habré yo escogido algún negocio. La casualidad, que le ha hecho encontrar un Martin Falleix á un Saillard, no nos faltará á nosotros. Espérame para almorzar. Volveré del ministerio libre de mi dogal de miseria.

Celestina estrechó á su marido entre sus brazos con una fuerza que no tienen los hombres en sus momentos más rabiosos, pues la mujer es más fuerte por el sentimiento que el hombre por el poder... Lloraba, reía, sollozaba y hablaba á la vez.

Cuando Rabourdin salió á las ocho, la portera le entregó las burlonas tarjetas de Bixiou, de Baudoyer, de Godard y otros. Sin embargo, se trasladó al ministerio, á cuya puerta encontró á Sebastián, que le esperaba para rogarle que no fuese á las oficinas, en las que corría una infame caricatura acerca de él.

—Si quiere usted suavizar la amargura de la caída, tráigame ese dibujo, pues yo voy en persona á presentar mi dimisión á Ernesto de la Brière á fin de que no vayan á desnaturalizarla siguiendo la vía administrativa. Tengo mis razones para desear tener la caricatura.

Después de estar seguro de que su carta estaba en manos del ministro, Rabourdin volvió al patio, donde encontró llorando á Sebastián, quien le presentó la litografía de cuyo proyecto hemos dado ya una idea anteriormente.

—No deja de haber en esto mucho ingenio—dijo Rabourdin mostrando al supernumerario una frente serena como la del Salvador cuando le colocaron la corona de espinas.

Después se encaminó á su oficina con aire tranquilo, pasando primero por el despacho de Baudoyer para rogarle que se viese con él á fin de recibir las instrucciones relativas á los asuntos que aquel rutinario debía dirigir en lo sucesivo.

—Digan ustedes al señor Baudoyer que no hay tiempo

que perder, porque mi dimisión está en manos del ministro y no quiero permanecer cinco minutos más de los necesarios en estas oficinas—añadió dirigiéndose á Godard y á otros empleados.

Luego, como hubiese visto á Bixiou, se encaminó hacia él, le enseñó la litografía y, con gran asombro de todos, le dijo:

—¿No tenía yo razón en decir que era usted un artista? Únicamente que es lástima que haya usted dirigido la punta de su lapiz contra un hombre que no podía ser juzgado de este modo ni en las oficinas. Pero en Francia se ríe la gente de todo, hasta de Dios.

Dicho esto se encaminó con Baudoyer al despacho del difunto la Billardière. En la puerta se hallaban Phellion y Sebastián, los únicos que en aquel gran desastre particular se atrevieron á permanecer ostensiblemente fieles á este acusado. Rabourdin, al ver los ojos de Phellion húmedos, no pudo menos de estrecharle la mano.

—Señor—dijo el buen hombre,—si podemos serle á usted útiles en algo, disponga de nosotros.

—Amigos míos, entren ustedes—les dijo Rabourdin con noble gracia.—Sebastián, hijo mío, escriba usted su dimisión y envíela por Lorenzo, pues á usted también le alcanzaría la calumnia que sobre mí pesa; pero yo a me cuidaré yo de su porvenir, pues no nos separaremos más.

Sebastián rompió en amargo llanto. El señor Rabourdin se encerró con Baudoyer en el despacho del difunto la Billardière, y Phellion le ayudó á poner al nuevo jefe de división al corriente de todas las dificultades administrativas. A cada expediente que Rabourdin le explicaba, á cada nuevo legajo, los ojillos de Baudoyer se volvían del tamaño de platillos.

—Adiós, señor—le dijo al fin Rabourdin con aire solemne y burlón á la vez.

Entretanto Sebastián había hecho un paquete con los papeles pertenecientes al jefe de negociado y lo había llevado á un coche. Rabourdin pasó por el gran patio del ministerio viendo á todos los empleados asomados á las ventanas, y esperó allí un momento las órdenes del ministro; pero éste no se movió. Phellion y Sebastián hacían compañía á Rabourdin. Phellion acompañó valerosamente al hombre caído hasta la calle Duphot, demostrándole respetuosa admiración,

y volvió satisfecho de sí mismo á ocupar su plaza, después de haber tributado los honores fúnebres al talento administrativo desconocido.

BIXIOU, *viendo entrar á Phellion.*

Victis causa deis placuit, sed victa Catoni!

PHELLION

Sí, señor.

POIRET

¿Qué quiere decir eso?

FLEURY

Que el partido clerical se regocija y que el señor Rabourdin cuenta con la estimación de las personas honradas.

DUTOCQ, *picado*

No decía usted eso ayer.

FLEURY

Si vuelve usted á dirigirme la palabra, le cruzaré la cara. Es indudable que usted ha *afanado* el trabajo del señor Rabourdin. (*Dutocq sale.*) Vaya usted á quejarse á ese señor Lupeaulx, espía.

BIXIOU, *riéndose y haciendo muecas como un mono*

Tengo curiosidad por saber como irá la división. El señor Rabourdin era un hombre tan notable, que debía tener su objeto al hacer ese trabajo. El ministerio pierde una gran cabeza. (*Se frota las manos.*)

LORENZO

El señor Fleury que vaya á Secretaría.

LOS EMPLEADOS DE LAS DOS OFICINAS

¡Está reventado!

FLEURY, *saliendo*

Me importa un comino, tengo una plaza de editor responsable. Tendré todo el día para pasear ó para desempeñar algún cargo distraído en la redacción del periódico.

BIXIOU

Dutocq ha hecho ya destituir á ese pobre diablo Desroys, acusado de querer cortar las cabezas...

THULLER

¿De los reyes?

COLLEVILLE, *entrando satisfecho*

Señores, soy subjefe de ustedes. (*Thuiller abraza á Colleville.*)

THULLER

¡Ah! amigo mío, si me hubiesen nombrado á mí no estaría más contento.

POIRET

¿Quién me dice la moraleja de lo que nos ocurre hoy?

BIXIOU

¿Quiere usted saberla? La antesala de la administración será en lo sucesivo la cámara, la sala de visita es la corte, la bodega es el camino ordinario y la cama es hoy más que nunca el mejor atajo.

POIRET

Señor Bixiou, por favor, explíqueme usted eso.

BIXIOU

Voy á parafrasear mi opinión. Para ser algo, es preciso empezar por serlo todo. Evidentemente hay que hacer una reforma administrativa, porque juro por mi honor que el Estado roba tanto á los empleados, como los empleados roban tiempo al Estado, pero nosotros trabajamos poco porque no recibimos casi nada, siendo demasiados para el poco trabajo que hay, y mi virtuoso Rabourdin ha visto todo esto. Señores, este gran empleado preveía lo que tiene que ocurrir y lo que los necios llaman el juego de nuestras admirables instituciones liberales. La cámara va á querer administrar, y los administradores querrán ser legisladores. El gobierno querrá administrar, y la administración querrá gobernar. De esta suerte las leyes serán reglamentos y las ordenanzas se

convertirán en leyes. Dios hizo esta época para los aficionados á reirse. Vivo admirando el espectáculo que nos ha preparado el mayor burlón de los tiempos modernos, Luis XVIII. (*Estupefacción general.*) Señores, si Francia, que es el país mejor administrado de Europa, está de este modo, juzguen ustedes cómo deben estar los demás. ¡Pobres países! Yo me pregunto cómo pueden andar sin las dos cámaras, sin la libertad de la prensa, sin el informe y la memoria, sin las circulares y sin un ejército de empleados... ¡Dios mío! ¿cómo tienen ejércitos y flotas?... ¿Cómo existen sin discutir cada aspiración y cada bocado?... ¿Puede darse á eso el nombre de gobiernos y de patrias? Hay quien me ha sostenido... (*¡viajantes embusteros!*) que esas gentes pretenden tener una política y que gozan de cierta influencia; pero les compezo, no tienen el *progreso de las luces*, no pueden remover ideas, no tienen tribunas independientes, están en la barbarie. El ingenio y el talento sólo es patrimonio del pueblo francés. Señor Poiret (*Poiret recibe como una sacerdotida*), ¿comprende usted que un país pueda pasar sin jefes de división, ni directores generales, ese estado mayor, gloria de Francia y del emperador Napoleón, que tuvo sus razones para crear esas plazas? Mire usted el cómo esos países tienen audacia para existir y en Viena existen aproximadamente cien empleados en el ministerio de la guerra, mientras que en nuestro país los sueldos y las pensiones consumen una tercera parte del presupuesto, lo cual no se sospechaba siquiera antes de la revolución, yo lo resumo diciendo que la academia de inscripciones y de bellas letras, que tiene poco que hacer, debería dar un premio al que resolviera esta cuestión: *¿Cuál es el Estado mejor constituido, el que hace muchas cosas con pocos empleados ó el que hace pocas cosas con muchos empleados?*

POIRET

¿Ya ha acabado usted?

BIXIOU

¡Yes, sir! ¡Ya mein her!... ¡Si, signor!... ¡Da! y le perdono á usted las demás lenguas.

POIRET, *levanta las manos al cielo*

¡Dios mío! ¡Y dicen que es usted ingenioso!

BIXIOU

¡De modo que no me ha comprendido usted!

PHELLION

Sin embargo, la última proposición está llena de sentido...

BIXIOU

Sí, como el presupuesto, tan complicado que parece sencillito, y yo les pongo así una especie de lamparilla sobre ese rompe-cabezas, sobre ese agujero, sobre ese abismo, sobre ese volcán, llamado por «El Constitucional» *el horizonte político*.

POIRET

Preferiría una explicación que yo pudiese comprender.

BIXIOU

¡Viva Rabourdin!... Esa es mi opinión. ¿Está usted contento?

COLLEVILLE, *gravemente*

El señor Rabourdin no ha cometido más que una falta.

POIRET

¿Cuál?

COLLEVILLE

La de ser un hombre de Estado, en lugar de ser un jefe de negociado.

PHELLION, *plantándose delante de Bixiou*

Señor mío, ¿y por qué usted, que comprendía tan bien á Rabourdin, se ha decidido á hacer esa igno... esa inf... esa horrible caricatura?

BIXIOU

¿Y nuestra apuesta? ¿Olvida usted que yo llevaba la parte del diablo y que esta oficina me debe una comida en el Rocher de Cancale?

POIRET, *muy aplanado*

Ya veo que dejaré la oficina sin haber podido comprender nunca una frase, una idea, una palabra del señor Bixiou.

BIXIOU

Suya es la culpa. Pregúntelo usted á estos señores. Señores, ¿han comprendido ustedes el sentido de mis observaciones? ¿son ciertas? ¿luminosas?

TODOS

¡Ay de mí! sí.

MINARD

Y la prueba es que yo acabo de presentar mi dimisión. Adiós, señores, me dedicaré á la industria.

BIXIOU

¿Ha inventado usted corsés mecánicos ó biberones, corsés de incendios ó guarda-barros, chimeneas que no consumen leña, ú hornillos que asan las costilletas con tres hojas de papel?

MINARD, *yéndose*

Guardo mi secreto.

BIXIOU

Bueno, joven Poiret joven, ¿lo ve usted?... Todos estos señores me comprenden...

POIRET, *humillado*

Señor Bixiou, ¿quiere usted hacerme el honor una sola vez de hablarme en mi lenguaje, descendiendo hasta mí?

BIXIOU, *guiñando el ojo á los empleados*

Con mucho gusto. (*Coge á Poiret por el botón de su corbata.*) Antes de irse de aquí, tal vez le guste á usted saber quien es...

POIRET, *vivamente*

Un hombre honrado, señor mío.

BIXIOU, *encogiéndose de hombros*

... De definir, de penetrar, de analizar, lo que es un empleado?... ¿Lo sabe usted?

POIRET

Creo que sí.

BIXIOU, *dándole vueltas al botón*

Lo dudo.

POIRET

Es un hombre pagado por el gobierno para hacer un trabajo.

BIXIOU

Evidentemente, y entonces un soldado es un empleado.

POIRET, *embarazado*

No.

BIXIOU

Y sin embargo es pagado por el Estado para hacer guardias y pasar revistas. Usted me dirá que desea dejar su plaza, que la ocupa demasiado poco tiempo y que trabaja demasiado y cobra generalmente demasiado poco metal, si se exceptua el de su fusil.

POIRET, *abre desmesuradamente los ojos*

Bueno, señor; pues entonces, hablando más lógicamente, un empleado es un hombre que necesita su sueldo para vivir y que no puede dejar su plaza porque no sabe hacer otra cosa más que expedientes.

BIXIOU

¡Ah! ya llegamos á una solución... De ese modo la oficina es la concha del empleado. No hay empleado sin oficina, ni oficina sin empleado. Y entonces ¿qué hacemos del carabinero? (*Poiret intenta alejarse de Bixiou, que le ha arrancado ya un botón y se dispone á cogerle otro.*) ¡Bah! sería en la cuestión burocrática un ser neutro. El empleado del resguardo es medio empleado, permanece en los confines de

las oficinas y de las armas como en las fronteras: no es ni soldado del todo ni empleado del todo. Pero, papá, ¿a dónde vamos? (*Le retuerce el botón.*) ¿Dónde cesa el empleado? Cuestión grave. ¿Es empleado un prefecto?

POIRET, *timidamente*

Es un funcionario.

BIXIOU

¡Ah! ya cae usted en el contrasentido de que un funcionario no es empleado.

POIRET, *cansado mira á todos los empleados*

El señor Godard parece que quiere decir algo.

GODARD

El empleado sería el orden y el funcionario un género.

BIXIOU, *sonriendo*

No le creía á usted capaz de esa ingeniosa distinción; muy bien.

POIRET

Pero ¿a dónde vamos á parar con eso?

BIXIOU

Ahí, ahí, papá... Escuche usted y acabaremos por entendernos. Mire usted, planteemos un axioma que yo lego á las oficinas: donde acaba el empleado empieza el funcionario, y donde acaba el funcionario empieza el hombre de Estado... Hay, sin embargo, pocos hombres de Estado entre los prefectos, y entonces el prefecto sería un neutro de los géneros superiores y flotaría entre el hombre de Estado y el empleado, como se halla el carabinero entre lo civil y lo militar... Continuemos desembrollando estas complicadas cuestiones. (*Poiret se pone rojo.*) Esto puede definirse con este teorema digno de Larocheffoucault: «Por encima de veinte mil francos de sueldo ya no hay empleados». De esto podemos sacar matemáticamente este primer colorario: «El hombre de Estado se declara en la esfera de los sueldos superiores», y este otro segundo corolario, no menos importante y lógico: «Los directores generales pueden ser hom-

bres de Estado». Tal vez es en este sentido que más de un diputado dice: «Es un magnífico estado el de director general». Pero en interés de la lengua francesa y de la Academia...

POIRET, *completamente fascinado por la fijeza de la mirada de Bixiou*

¡La lengua francesa! ¡La Academia!

BIXIOU *le quita el botón y le coge otro*

Si, en interés de nuestra hermosa lengua, se debe advertir que si el jefe de negociado puede ser aún empleado, el jefe de división debe ser un burócrata. Estos señores... (*se vuelve hacia los empleados, enseñándoles el tercer botón arrancado de la casaca de Poiret*) apreciarán este matiz lleno de delicadeza; de modo que ya lo sabe usted, papá Poiret, el empleado acaba exclusivamente en el jefe de división. He aquí, pues, la cuestión bien planteada, y ya no existe ninguna incertidumbre. El empleado que podía parecer indefinible, está definido.

POIRET

La cosa me parece fuera de duda.

BIXIOU

Sin embargo, hágame usted el favor de resolverme esta cuestión. Siendo un juez inamovible, y por consiguiente, no pudiendo ser, según la sutil distinción de usted, un funcionario, y no teniendo un sueldo en armonía con su trabajo, ¿debe ser comprendido en la clase de los empleados?

POIRET, *mira las cornisas*

Señor mío, yo no sé ya en dónde estoy. (*Bixiou le corta el cuarto botón.*)

BIXIOU

Yo quería probarle, amigo mío, que nada es sencillo, pero sobre todo, y lo que voy á decir es para los filósofos (si quiere usted permitirme que tergiverse una frase de Luis XVIII), quiero hacer ver que al lado de la necesidad de definir se encuentra el peligro de embrollarse.

POIRET, *enjugándose la frente*

Dispense usted, señor mío, estoy mareado. (*Quiere abrazarse la casaca.*) ¡Ah! ¿me ha arrancado usted todos los botones?

BIXIOU

Bueno, ¿me comprende usted?

POIRET, *disgustado*

Sí, señor, sí; comprendo que ha querido usted gastarme una broma arrancándome los botones sin que yo lo notase.

BIXIOU, *gravemente*

Anciano, se engaña usted; yo he querido grabar en su cerebro la imagen más viva del gobierno constitucional y cumplir así mi palabra. (*Todos los empleados miran á Bixiou, y Poiret, estupefacto, le contempla con una especie de inquietud.*) ¡He escogido la forma parabólica de los salvajes! ¡Escuchen ustedes! Mientras que los ministros entablan en la cámara coloquios aproximadamente tan concluyentes y tan inútiles como el nuestro, la administración les arranca botones á los contribuyentes.

TODOS

¡Bravo, Bixiou!

POIRET, *que comprende*

Ya no siento mis botones.

BIXIOU

Y yo hago como Minard, no quiero cobrar más por tan poca cosa y privo al ministerio de mi cooperación. (*Sale en medio de las risas de todos los empleados.*)

En el salón de recepción del ministro ocurría otra escena más instructiva que ésta, pues puede enseñar cómo perecen las grandes ideas en las esferas superiores y cómo se consuelan en ellas de una gran desgracia.

En aquel momento, Lupeaulx presentaba al ministro el nuevo director señor Baudoyer. Hallábanse en el salón dos ó tres diputados ministeriales influyentes y el señor Cler-

geot, á quien el ministro daba la seguridad de un retiro decente. Después de cambiar frases sin alcance alguno, se puso sobre el tapete el acontecimiento del día.

UN DIPUTADO

¿De modo qué ya no tendrá usted á Rabourdin?

LUPEAULX

Ha presentado su dimisión.

CLERGEOT

Dícese que quería reformar la administración.

EL MINISTRO, *mirando á los diputados*

Tal vez los sueldos no son proporcionados á las exigencias del servicio

LA BRIÈRE

Según el señor Rabourdin, cien empleados á diez mil francos harían más y mejor que mil empleados á mil doscientos francos.

CLERGEOT

Tal vez tenga razón.

EL MINISTRO

¿Qué quiere usted? La máquina está montada así y sería preciso romperla y hacerla de nuevo; pero ¿quién tendrá valor para ello teniendo en contra la tribuna, las necias exclamaciones de la oposición y artículos terribles de la prensa? Se sigue de aquí que algún día habrá una solución de continuidad entre el gobierno y la administración.

EL DIPUTADO

¿Qué ocurrirá?

EL MINISTRO

Un ministro quiere el bien sin poder realizarlo. Habrán creado ustedes lentitudes interminables entre las cosas y los resultados. Si han hecho ustedes imposible el robo de una peseta, no impedirán en cambio las colisiones en la esfera de los intereses. No se concederán ciertos privilegios á no

ser mediante estipulaciones secretas que será difícil sorprender. En fin, los empleados, desde el más pequeño al jefe de negociado, van á tener opiniones propias, no serán ya las manos de un cerebro, no representarán ya el pensamiento de un gobierno, pues la oposición tiende á darles derecho á hablar contra él, á votar contra él y á juzgar contra él.

BAUDOYER, *en voz baja, pero de modo que puede ser oído*
Monseñor está sublime.

LUPEAULX

Ciertamente que la burocracia tiene defectos; yo la encuentro lenta é insolente, embaraза con exceso la acción ministerial, ahoga muchos proyectos y detiene el progreso; pero la administración francesa es admirablemente útil.

BAUDOYER

Ciertamente.

LUPEAULX

Aunque sólo sea para sostener la papelería y el timbre. Si, como las buenas amas de casa, es un poco cicatera, en cambio puede dar á todas horas cuenta de sus gastos. ¿Cuál es el negociante hábil que no arrojaría gustoso en el abismo de un seguro cualquiera el cinco por ciento de toda su producción, ó del capital que entra ó que sale, por no tener mermas?

EL DIPUTADO (*un manufacturero*)

Los industriales de ambos mundos suscribirían gustosos ese acuerdo con ese genio del mal llamado merma.

LUPEAULX

Pues bien, aunque la estadística sea la puerilidad de los estadistas modernos, que creen que las cifras son el cálculo, hay que servirse de cifras para calcular. ¡Calculemos, pues! Por otra parte, la cifra es la razón probante de las sociedades basadas en el interés personal y en el dinero, y tal es la sociedad que nos ha hecho la constitución, á mi juicio al menos. Además, nada convencerá mejor á las *masas inteligentes* que un poco de cifras. Todo, dicen nuestros estadistas de la izquierda, se resuelve en definitiva con cifras. Cifre-

mos. (*El ministro se va á hablar en voz baja con un diputado á un rincón.*) Hay unos cuarenta mil empleados en Francia, deducción hecha de los asalariados, pues un peón caminero, un barrendero, una cigarrera no son empleados. El término medio de los sueldos es de mil quinientos francos. Multipliquen ustedes cuarenta mil por mil quinientos, y obtendrán sesenta millones. Y en primer término, un publicista podría advertir á China, á Rusia, en donde todos los empleados roban, á Austria, á las repúblicas americanas, al mundo entero, que, por este precio, Francia obtiene la administración más huroneadora, más meticulosa, más escribidora, más papelera, más inventariadora, más interventora, más investigadora y más cargante del mundo conocido. No se gasta ni se percibe un céntimo en Francia que no sea ordenado por un mandamiento, probado con un documento; producido y reproducido en estados de situación y pagado con recibo; después la petición y el recibo son registrados, intervenidos é inspeccionados por gentes con antiparras. Al menor defecto de forma el empleado se asusta, pues vive de estos escrúpulos. En fin, muchos países se contentarían con esto, pero Napoleón no paró aquí. Aquel gran organizador restableció los magistrados de una audiencia única en el mundo. Los tales magistrados se pasan los días examinando todos los bonos, papeletas, expedientes, fianzas, pagos, contribuciones recibidas, contribuciones gastadas, etc., que los empleados han escrito. Estos severos jueces llevan el talento del escrúpulo, el genio de la investigación y la vista del linco y la perspicacia de las cuentas hasta rehacer todas las adiciones para buscar sustracciones. Estas sublimes víctimas de las cifras devuelven, dos años después, un estado cualquiera en el que hay un error de dos céntimos. De este modo la administración francesa ha hecho imposible el robo, como acaba de decir Su Excelencia, y la concusión una quimera. Ahora bien, ¿qué se puede objetar? Francia posee una renta de mil doscientos millones y la gasta, esto es todo. Entran mil doscientos millones en sus cajas y mil doscientos millones salen. Maneja, pues, dos mil cuatrocientos millones y sólo paga sesenta millones, ó sea un dos y medio por ciento por tener la seguridad de que no hay escapes. Nuestro libro de cocina político cuesta sesenta millones, pero la gendarmería, los tribunales, los presidios y la policía cuestan otro tanto y no hacen producir nada. Además, damos trabajo á

gentes que no podrían hacer más que lo que hacen, créanlo ustedes. El derroche, si lo hay, sólo puede ser moral y legislativo, y las cámaras son entonces cómplices, haciendo legal el derroche. El escape está en mandar hacer trabajos que no son urgentes ó necesarios, en uniformar y desuniformar las tropas, en encargar barcos sin preocuparse de si hay ó no madera, pagándola tal vez demasiado cara, en prepararse para la guerra sin hacerla, en pagar las deudas de un Estado sin exigirle el reembolso ó garantías, etc., etc.

BAUDOYER

Pero de ese escape no tiene la culpa el empleado. Esa mala gestión de los negocios del país concierne al estadista encargado de dirigir la nave.

EL MINISTRO, *que ha acabado su conversación*

Hay algo de verdad en lo que acaba de decir Lupeaulx, pero sepa usted (*á Baudoyer*), señor director, que nadie se sitúa en el lugar del estadista. Ordenar toda clase de gastos, aunque sean inútiles, no constituye una mala gestión. ¿No es esto siempre promover el comercio del dinero, cuya inmovilidad es, en Francia sobre todo, funesta á causa de las costumbres avarientas y profundamente ilógicas de las provincias que ocultan montones de oro?

EL DIPUTADO, *que ha escuchado á Lupeaulx*

A mí me parece que si Su Excelencia tenía razón hace un momento y si nuestro inteligente amigo (*coge á Lupeaulx por el brazo*) no deja de tenerla, ¿qué deducir?

LUPEAULX, *después de haber mirado al ministro*

Sin duda hay que introducir alguna reforma.

LA BRIÈRE, *timidamente*

¿De modo que tiene razón el señor Rabourdin?

EL MINISTRO

Yo veré á Rabourdin...

LUPEAULX

Ese pobre hombre ha cometido la falta de constituirse en juez supremo de la administración y de los hombres que la componen; no quiere más que tres ministerios...

EL MINISTRO, *interrumpiéndole*

¡Entonces está loco!

EL DIPUTADO

¿Cómo representarían los ministerios á los jefes de los partidos en la cámara?

BAUDOYER, *con aire que él cree ladino*

Tal vez el señor Rabourdin cambiaba también la constitución debida al rey legislador.

EL MINISTRO, *que se ha puesto pensativo, toma el brazo de La Brière y se va con él*

Quisiera ver el trabajo de Rabourdin, y puesto que usted le conoce...

LA BRIÈRE, *en su despacho*

Ha permitido usted que le deshonren y lo ha quemado todo, para dejar la administración. Monseñor, no crea usted que él haya tenido el estúpido proyecto de cambiar nada en la admirable centralización del poder, como Lupeaulx quiere hacer creer.

EL MINISTRO, *para sí mismo*

He cometido una falta. (*Permanece silencioso un momento.*) ¡Bah! no nos faltarán nunca planes de reforma.

LA BRIÈRE

No son ideas lo que nos faltan, sino hombres que sepan ejecutarlas.

Lupeaulx, aquel delicioso abogado de los errores, entró en el despacho.

— Monseñor, me voy á mi distrito á la elección.

— ¡Espere usted!— dijo el ministro dejando á su secretario particular y tomando el brazo de Lupeaulx para llevarle al alféizar de una ventana.— Querido mío, déjeme usted ese distrito, y se le nombrará conde y yo pago sus deudas de usted... Además, si después de la renovación de la cámara, sigo yo en el poder, ya buscaré ocasión de nombrarle par de Francia en alguna hornada.

—Es usted hombre de honor y acepto.

Así fué como Clemente Chardin de Lupeaulx, cuyo padre, ennoblecido en tiempo de Luis XV, llevaba *acuartelado en el primero de plata con un lobo de sable llevando un cordero de gules; en el dos, púrpura con tres ajustes de plata; dos y uno, tres palos de gules y de plata de doce piezas; en el cuatro, de oro con caduceo de gules volado y serpenteado de sinople, sostenido de cuatro patas de perro movedizas de los flancos del escudo, con EN LUPUS IN HISTORIA por divisa*, pudo coronar este escudo casi burlón con la corona condal.

En 1830, hacia fines de diciembre, el señor Rabourdin tuvo un negocio que le llevó á su antiguo ministerio, cuyas oficinas habían sufrido cambios completos que afectaron principalmente á los mozos que no gustan mucho de las caras nuevas. Habiendo llegado muy temprano al ministerio cuyos seres le eran conocidos, Rabourdin pudo oír el diálogo siguiente entre los dos sobrinos de Lorenzo, pues el tío se había retirado.

—Bueno, y ¿cómo va tu jefe de división?

—No me hables de él, no puedo hacer nada. Me llama para preguntarme si he visto su pañuelo ó su tabaquera. Recibe sin hacer esperar, en fin, todo va de cualquier modo. Yo tengo que decirle á veces: «Pero, señor, el señor conde, su predecesor, en interés del poder, cortaba el sofá con el cortaplumas para hacer creer que trabajaba». En fin, lo trastorna y lo revuelve todo, es un pobre hombre. ¿Y el tuyo?

—¡Oh! el mío he logrado formar y ahora ya sabe dónde está el papel de cartas, los sobres, la leña y todas sus cosas. El otro juraba, pero éste es pacífico aunque no muy distinguido. No está condecorado, y á mí no me gusta tener un jefe sin condecoración porque pueden tomarlo por uno de nosotros y esto siempre es humillante. Se lleva el papel de la oficina y me ha preguntado si podía ir á servir á su casa los días de velada.

—¡Oh! ¡y qué gobierno, querido mío!

—Sí, todo el mundo araña lo que puede.

—Con tal que no nos rebajen aún nuestros pobres sueldos.

—Mucho me lo temo. Las cámaras lo fiscalizan todo y se fijan hasta en la leña.

—¡Oh! entonces no durará mucho.

—Estamos reventados, nos estaban escuchando.

—¡Oh! es el difunto señor Rabourdin. ¡Ah! señor, le he reconocido á usted por la manera de presentarse. Si necesita usted algo aquí, nadie sabrá las consideraciones que se le deben á usted, porque somos los únicos que quedamos de su tiempo. Los señores Colleville y Baudoyer no gastaron gran cosa la badana de los asientos después que usted se marchó. ¡Oh! Dios mío, seis meses más tarde fueron nombrados perceptores en París.

París, Julio 1836

